

La escasez de bonito dobla su precio en las pescaderías de Euskadi



Entrevista a Café Quijano: «Nuestras voces no son latinas, sino mesetarias»

Querejeta indemnizará a Marías por la adaptación de 'Todas las almas'

Y ADEMÁS...

CONCIERTOS / 70

Chayanne inicia su gira por España antes de dar el salto a Hollywood

El cantante latino presenta su disco 'Grandes éxitos' por 25 ciudades con un despliegue de luz y color

JAZZ / 72

Doble sesión de rythm and blues y funk en el Festival de San Sebastián

Bill Wyman y Maceo Parker, protagonistas de la noche más entretenida en la plaza de la Trinidad

EL TIEMPO / 75

Cielos claros y ascenso moderado de las temperaturas

Habrán nieblas y brumas matinales en el litoral y las mínimas sufrirán un ligero descenso con viento flojo del norte durante el día

TELEVISIÓN / 80

La audiencia de Telecinco elige a Miss Verano este fin de semana

Lolita y Jesús Cabrero presentan el certamen con la colaboración del popular imitador Carlos Latre



PINTURA. La tela expuesta en la basílica de Guadalupe. / EL CORREO

El manto del vidente, la sábana santa del Nuevo Mundo

Las pruebas apuntan a un artista indio como autor de la imagen de la Virgen impresa en la tela que se venera en la basílica de Guadalupe

L. A. G. BILBAO

«La devoción que esta ciudad ha tomado en una ermita e casa de Nuestra Señora, que han intitulado de Guadalupe, es un gran perjuicio de los naturales porque les da a entender que hace milagros aquella imagen que pintó el indio Marcos». Fray Francisco Bustamante, provincial de los franciscanos, denunciaba así en un sermón, el 8 de septiembre de 1556, la naciente devoción guadalupana. Los historiadores coinciden en señalar a fray Alonso de Montúfar, el segundo arzobispo de Nueva España, como el religioso que encargó la pintura sobre la tela y al indio Marcos Cipac de Aquino como su autor. La atribución a la Virgen de Guadalupe se debería a que la imagen original era similar a la de la patrona de Extremadura.

Juan Pablo II no dudó en admitir, en el mismo Tepeyac en 1990, que lo que se venera en la basílica mexicana es una obra de arte. Como ya había hecho cuando se demostró que la llamada sábana santa —la tela que presuntamente envolvió el cuerpo de Jesús— había sido confeccionada en el siglo XIV, el Papa puntualizaba, respecto a la tradición guadalupana, que «el hecho de que manos y mentes humanas hayan intervenido tanto en la ejecución pictórica de la imagen como en la configuración de la narración de la aparición» no menoscaba que, en ambos casos,

se trate de obras fruto de la inspiración y revelación divinas.

Dictamen de expertos

En su libro 'La búsqueda de Juan Diego', el padre Manuel Olimón publica, por primera vez, algunas de las cartas que en los últimos años han remitido al Vaticano el abad emérito de la basílica mexicana, Guillermo Schulenburg, el arcipreste del templo, Carlos Warnholtz, y el bibliotecario, Esteban Martínez de la Serna, entre otros. En una de esas misivas, fechada el 27 de septiembre de 1999, los tres clérigos no sólo advierten a Roma del error que supone canonizar al «legendario indio Juan Diego», sino que también añaden que, del examen de la imagen por parte de «nuestros mejores técnicos en conservación de obras de arte», se deduce que reúne «todas las características de una pintura hecha por mano humana, con el deterioro propio de la antigüedad».

El restaurador José Sol Rosales analizó la imagen en 1982, a petición de Schulenburg, y dictaminó que «la pintura es la ejecutada usando diversas variantes de la técnica modernamente conocida como temple». El técnico llegó a la conclusión de que el manto —de 1,7 metros de altura y 1 metro de anchura— es una tela mezcla de lino y cáñamo y que los pigmentos —a base de cochinilla, sulfato de calcio y hollín— son los empleados en el siglo XVI.

pintada por Dios».

El objetivo era dotar de identidad a la Iglesia de Nueva España, demostrar que es algo más que una extensión de la española. «Sánchez modela el mito sobre la Biblia», argumenta Brading. El catedrático de Cambridge resalta, por ejemplo, las similitudes entre el diálogo bíblico de Dios y Moisés y el de la Virgen y Juan Diego: «Moisés baja del Sinaí con las Tablas de la Ley; Juan Diego, del Tepeyac con las flores».

«Durante cien años desde 1648, la guadalupana fue una devoción exclusivamente criolla. Después, se empezó a predicar entre los indios y, tras la revolución de 1810, se convirtió en símbolo nacional», resume Poole. La historia de Juan Diego —«un cuento, como el de Cenicienta», para el padre Olimón— cautivó a los criollos del siglo XVII y ahora, según Brading, la Iglesia mexicana lo eleva a los altares como el primer santo indígena para hacer frente al avance de las sectas evangélicas entre los indios.

Los disidentes mexicanos, blanco de represalias

L. A. G. BILBAO

«Por un lado, estamos los historiadores; por otro, la jerarquía de la Iglesia mexicana y un grupo de clérigos», explica David Brading desde su casa de Cambridge. El líder de los 'juandieguitas' es el cardenal Norberto Rivera, con quien este periódico ha intentado sin éxito hablar, al igual que con monseñor José Luis Guerrero, director del Instituto de Estudios Teológicos e Históricos Guadalupanos. Ambos han atacado duramente al abad Schulenburg, al arcipreste Warnholtz y al bibliotecario Martínez de la Serna, entre otros.

Estos tres clérigos han llamado la atención repetidamente al Vati-

cano sobre el hecho de que la Congregación para las Causas de los Santos no actuó con rigor histórico a la hora de demostrar la existencia de Juan Diego. Algunas de las cartas fueron en su día filtradas a la prensa contra la voluntad de los firmantes, desatándose una tormenta mediática en la que se acusó a los religiosos de atacar las bases del sentimiento nacional mexicano y monseñor Guerrero les incluyó entre los «racistas antiindios».

A pesar de que los religiosos que se han pronunciado en contra de la historicidad del vidente han reafirmado al mismo tiempo su fervor guadalupano, eso no les ha librado de lo que fuentes próximas



SÍMBOLO. Niños mexicanos disfrazados de Juan Diego. / AP

a ellos consideran «represalias». Hospitalizaciones por depresión, la dimisión forzada de Schulenburg como abad de la basílica cuatro meses después de las primeras críticas y la expulsión del arcipres-

te de la casa sacerdotal, ordenada por el cardenal Rivera «a raíz del incidente sobre la canonización de San Diego», explican el silencio en el que se ha sumido el clero crítico en vísperas de la santificación.